

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## LÓGICA DE SUPERVIVENCIA

Tarde.

Calle.

Un colectivo.

El séptimo pasajero subió los escalones y puso las monedas en la máquina del boleto. El chofer regresó a la marcha.

El hombre de cabellos grises y sobretodo oscuro, caminó por el pasillo, llegó al último asiento del lado derecho. Se sentó y apoyó la cabeza en la ventanilla.

Se lo veía relajado, tranquilo, inspirado. El atravesar las calles de Tammerlane era un placer para sus ojos, un paisaje para su descanso.

Pasadas tres paradas, se puso derecho, se acomodó el sobretodo, y miró al frente.

El colectivo se detuvo y el octavo pasajero subió.

Aunque no se trataba del octavo: tan sólo era un asaltante.

- Damas y caballeros, tengan muy pero muy buenas tardes! – dijo Bernardo, alzando su arma y mentón, mostrándose gracioso, pero a su vez seguro e imponente. – Como podrán apreciar, lo que tengo acá en mi mano es una bella y hermosa pistola Coltmmerlane, cargada de balas... balas ideales para la cabeza de la dama o el pecho del caballero. Para evitar este preciado plomo, tan sólo tendrán que abonar la módica suma de todo lo que tengan... Está claro?... Gracias a la amabilidad del chofer que va a seguir manejando como si nada, voy a pasar a presentarme uno por uno.

Se dispuso a pasar asiento por asiento.

Se detuvo ante el primer pasajero, el Sr. Berlitz. Extendió su mano, ofreció una sonrisa y aguardó a que le entregue la billetera.

- Nos vas a matar a todos? – preguntó el séptimo pasajero.

Bernardo levantó la cabeza, y apuntó el arma en dirección al curioso.

- Qué mierda te pasa? No entendiste lo dije?! Esto es un asalto, y el único que habla soy yo!

El frío, falso y sonriente hombre de sobretodo alzó sus brazos con tranquilidad: no quería pelea, menos que menos una balacera en su contra. Tan sólo quería hacer las pases.

- Tranquilo, tranquilo! No quiero que me dispaes y ser carne de gusanos y hormigas.

La palabra "hormigas" entró por el oído del Sr. Berlitz, se transformó en información, accedió al cerebro, se disgregó por las neuronas y representó la

imagen de una gran hormiga colorada. Al segundo, esa hormiga se multiplicó en un millón. En un microsegundo, esa imagen activó el pánico que el hombre padecía.

El Sr. Berlitz había salido de picnic, una vez cuando joven junto a su novia Alicia. Tenían 18 y 19 años, respectivamente, y estaban enamorados.

- Alguna vez lo hiciste con alguien? – le preguntó él sobre ella, ambos tirados en el pasto, completamente desnudos.

- Ahora me venís con eso?! – dijo la chica, molesta. No era un buen momento para volver al pasado.

Pero el presente insistió...

- Decime! Tengo que saber si voy a ser el primer hombre de tu vida...

- Uy, Dios! Qué molesto! Entrá de una vez y listo! – se quejó Alicia, revoleando las manos.

- Entonces estuviste con otro. – serio - Estás evadiendo el diálogo.

El cuerpo de Berlitz se estaba haciendo pesado.

- Bueno, sí! Estuve con otro!

- Ahí está! Te agarré! Ya tenés “hombre de tu vida”! Ya tenés un “mierda” de los que nunca se olvidan!... Mierda! Por qué no me lo dijiste antes?!

- Porque nunca se habló del tema! Aparte, no me gusta hablar de eso. – subiendo el tono – Y vos?!... Por qué no hablamos de vos?!!

- Tuve tres. Y qué?! Todas vírgenes! No como vos... que ya estuviste con otro...

- Para el caso es lo mismo, queridito! Ni vos ni yo somos vírgenes! Es más: me ganás! Tuviste tres vírgenes contra ninguno mío. – dijo ella, siguiendo con ironía el juego de los celos.

- El tema no es así. Si es que nosotros vamos a casarnos algún día, y a tener hijos,... cómo mierda vamos a hacer para explicarles que su mamá estuvo con otro... O no serán “otros”?! Porque, eso no me lo aclaraste...

Alicia tuvo un pequeño gesto de dolor, como si algo le molestara, y enseguida continuó en silencio, con los ojos clavados a los de su novio.

Berlitz continuó.

- ...Pero no importa, no hables! Si es que estuviste con más chicos, seguramente vas a buscar alguna excusa para cubrirtelo... Y siempre la vas a ganar!!! Porque para ganarte a vos, hay que hacer un curso de Discusión: tenés las mejores estrategias para que yo sea el culpable de todo. Mirá: hace poco que te conozco, y ya me estás cansando! La otra vez te enojaste porque llegué media hora tarde, cuando la que siempre llega tarde sos vos... Mierda! Te excusaste con que lo tuyo es un problema crónico, mientras que lo mío es una falta de respeto a tu integridad de mujer...

Suspiró. La miró detenidamente.

Los ojos de Alicia estaban en él, pero no estaban. Era como si descansaran abiertos, firmes pero apagados.

- Alicia?... – y la movió con su propio cuerpo, intrigado. – Estás bien?

La movió un poco más. Se arrodilló y la movió otro poco.

Quizás por intuición, o por ese imperceptible movimiento en el pasto alrededor de ella, que la giró.

Entonces, Berlitz se llevó la mano a la boca ante la terrible sorpresa que el cuero de la espalda de su novia había sido devorado lentamente hasta

asesinarla. Y sobre la carne, entre venas y columna, millares de hormigas coloradas, moviéndose de un lado a otro, felices en su infierno de proteínas.

El crujiente sonido de las incontables patas lo terminaron por destruir.

Se llevó las manos a las orejas, las tapó, y salió corriendo como para alejarse lo máximo posible del cadáver, sobre todo, de todas las hormigas de Tammerlane.

Días después, se presentó al Asilo de Dementes de Tammerlane, donde entre otras comodidades, pidió un chaleco de fuerza, algunos calmantes, y un cuarto hermético libre de aquellos horribles insectos.

Treinta años después, su tratamiento terminó, se estrechó la mano con el Doctor que le salvó el cerebro, y se despidió del lugar.

Era una tarde templada y amena. Las calles de Tammerlane estaban serenas. Y caminó hasta la parada del colectivo.

Aguardó su llegada y subió. Pagó el boleto, se lo guardó en el bolsillo del saco, y se sentó en uno de los primeros asientos: viajar cerca del chofer lo hacía sentir seguro.

- Tranquilo, tranquilo! No quiero que me dispaes y ser carne de gusanos y hormigas. – dijo el hombre del sobretodo.

Y El Sr. Berlitz se puso de pie, desesperado.

- No quiero que me coman las hormigas!!! – gritó, a la vez que se lanzaba el ladrón.

Cuando lo tuvo frente a frente, sus manos lanzaron puños hacia todos lados, generalmente a puntos del cuerpo que no afectaban mucho, como también al aire.

Un disparo sonó y Berlitz cayó muerto al piso.

El ladrón miró a todos los presentes, apuntando el arma de un lado a otro, y con furia gritó...

- Miren lo que acabo de hacer!!!... Miren!!... Alguien quiere seguir la suerte de ese estúpido?!

- Le agradezco! No sería muy lindo morir en un día 31. Mire sino a ese hombre: van a tener que festejar el aniversario de su muerte, cada dos años. – dijo con total educación, el hombre del sobretodo, mirándolo fijamente.

Y Juliano, el segundo pasajero, también lo miró.

Entonces fue que Juliano recordó un detalle: ese 31, cumplía tres años de casado con su esposa y no la había telefonado en todo el día. Es más, regresaba a casa sin un regalo.

La ecuación del regalo, más la fecha, más el llamado inexistente, más la esposa, dieron por resultado una escena de casa vacía... sin ella.

Juliano y Jennifer se habían conocido la noche del 31 de Julio de 1994, oportunidad en que ella se lo chocó caminando sin querer.

Caminaban por una avenida céntrica, cuando después del accidente, las carpetas que ella llevaba en la mano cayeron al suelo, y cientos de hojas se desparramaron por toda la vereda.

El atento Juliano no pudo pasar la oportunidad: se sabía bonito, bien vestido y perfumado. Y se ofreció a juntar todo como buen galán.

Se agachó veloz, tomó todo con rapidez, y ascendió a ella.

Fue en ese recorrido a la belleza de sus piernas, cintura, pecho y rostro, que se le sumó el agradable y seductor perfume “Mujer Fatal Tammerlane”, y se sintió atraído.

- Te invito a tomar un café. – dijo con su sonrisa de ganador.

A la hora, ambos se hallaban en un albergue transitorio.

Cuando acabaron, Jennifer encendió un cigarrillo, miró al techo espejado y se le cruzó cierto detalle.

- Si nos seguimos viendo, vamos a tener que festejar nuestro “primer beso” los días 31. Y eso va a llevar tiempo...

- Tiempo? – dijo Juliano, cómodo y distendido, con la presa ya cazada, rascándose la axila

- ...porque, más o menos, mes por medio llega el mes de 31 días.

Vamos a tener que festejar un aniversario cada dos años...

Tiempo después, y siguiendo la tradición del 31, Juliano y Juliana se casaron un 31, exactamente al año siguiente.

En aquel 1999 del colectivo, cumplían un año de matrimonio y cuatro de conocerse. Y el hombre volvía a su casa, después de un eterno día de trabajo, entre cafés, papeles, números y charlas de las mujeres más bellas de la tevé.

Había subido al transporte, pensando en las inmensas tetas de aquella modelo de moda. Tomó uno de los asientos cercanos a Berlitz, y se convirtió en el segundo pasajero.

- Le agradezco! No sería muy lindo morir en un día 31. Mire sino a ese hombre: van a tener que festejar el aniversario de su muerte, cada dos años.

Juliano miró al ladrón.

Y su miedo se activó.

- No quiero morir el día del aniversario de mi esposa!!! Ella me espera en casa, y... y... - y mintió para rogar piedad - ... tengo diez hijos!!

Antes que pudiera atacarlo, el ladrón alzó su arma y apuntó a su cabeza. Disparó.

La piedad se perdió en el humeante cañón de la pistola.

- Seguí vos! – dijo el ladrón, apuntando al hombre del sobretodo, sintiéndose acorralado, aterrado.

No había matado a nadie en toda su vida. Pero aquel hombre lograba que la gente actúe de forma extraña y tenga que defenderse a la fuerza.

Apuntó al hombre de cabellos grises, y supo que la paz volvería una vez que lo elimine.

- No!! No me dispare!! – dijo, atajándose como una laucha ante un inmenso felino. – No provoque una tercera tragedia.

Soledad Llanos suspiró tres veces. Tocó su pelo una, dos y tres veces. Tragó saliva una vez, y decidió que tragar otras dos veces.

Le traería buena suerte.

Tuvo miedo por la vida del hombre. Tuvo miedo por su vida. Tuvo miedo por todo.

Un, dos. Tres.

Esa tarde, Soledad se vio necesitada de llevar adelante sus cábalas posibles.

Tres años atrás, se había separado de su tercer chico, al tercer mes, después de mantener tres relaciones sexuales con él.

La pareja se había terminado tras tres fuertes discusiones, todas ellas los días tres de cada uno de los tres meses.

Al tercer día de duelo, se sentó en su cuarto, y fumando el tercer cigarrillo se dio cuenta de todo aquello.

- Muchos tres. – se dijo, despertando ante el mágico descubrimiento.

Entonces el escritorio le habló...

- No te das cuenta?... Todo con tres, porque tres es un número mágico. Pero a su vez traicionero...

- Así es! – agregó la puerta. – Un número traicionero, porque si no lo recordás al menos una vez al día, te puede pasar algo.

- Ya lo ves... - continuó la biblioteca – ... acabó tu relación número tres.

- Por eso te decimos... – concluyó la ventana - ... si tocás algo en especial, tocalo dos veces más. Con eso, todo va a estar bien. Incluso, si te viene un miedo sobre algo malo que pueda llegar a pasarte, hacé algo con tres... por ejemplo, toser tres veces, tocar una mesa tres veces, golpear el talón contra el suelo tres veces, aplaudir tres veces... Nunca, pero nunca participes en algo que tenga que ver con tres, porque ese va a ser tu fin.

Fue así, que Soledad avanzó por la vida, tocando todo tres veces, repitiendo todo tres veces, haciendo de todo tres veces.

Bebía un sorbo tres veces. Cerraba una puerta, y la abría y cerraba tres veces. Agarraba un objeto, y lo hacía tres veces.

Todo tres, todo tres, tres... sumergida bajo el terror que el tres ataque, de no cumplir un tres, y de la maldita mala suerte, o hacer algo bien tres veces y pedir un deseo a cambio.

Aquel día, había salido de su casa, camino a lo de su antiguo novio. Hacía tiempo que hacía lo de las tres veces, y eso la había llevado a redescubrir que su problema se basaba en hablar mentalmente con los objetos. Y que esa imaginación le estaba carcomiendo la vida.

Lo cierto fue que todavía no estaba autoanalizada del todo, siquiera preparada para pisar la calle.

Después de todo, era la pasajera número tres.

- No!! No me dispare!! – dijo el séptimo pasajero, aquel molesto hombre de sobretodo, atajándose como una laucha ante un inmenso felino. – No provoque una tercera tragedia.

Soledad recordó a su ex-novio, recordó a los objetos parlantes de su cuarto, recordó todos los tres, y el destino ante aquel tres en cuestión que se encontraba...

Fue su misma locura lo que la puso de pie, y con la que cometió el grave error de ir en búsqueda de la tercera bala. Cuando cayó al piso, siendo la víctima número tres, se detuvo agonizante a pensar que muchas veces ciertos números tres son traicioneros, y como en un viejo video juego de tres vidas, ante "aquel" Tres, juego terminado.

El ladrón no pudo soportarlo más. Cuando la chica murió, se volvió a todos los presentes y pensó en suicidarse.

- Ni se te ocurra hacer lo que vas a hacer! – le gritó el séptimo pasajero. – No te das cuenta que sos una persona importante?! Valés mucho para Tammerlane!... Si te podrías ganar la vida como "doble" del querido actor Jean Pierre Gianola...

El joven se llevaba el arma a la boca para volarse los sesos, cuando se detuvo a pensar lo que el hombre del sobretodo le decía.

Y era cierto. Ya mucha gente había notado su parecido con el famoso actor de las series y comedias de televisión. Pero antes que pudiera pensar algo más, el cuarto pasajero se puso de pie, alzó su dedo y señaló furioso al ladrón.

Se trataba de Germán Savalle, un joven de 27 años, el cual había padecido cierta cuestión con aquel renombrado personaje mediático.

Todo había empezado cuando el conocido actor Jean Pierre Gianola se había catapultado a la fama como un buen personaje secundario en las comedias, impartiendo su estilo sus modismos en contraste con su serenidad. Era el perfecto “hombre-elegante-soltero-sinmuchaprofundidad-piedelosrematesgraciosos”, llevándolo a participar de varios programas a la vez. Para el año en que se hizo famoso, pasó a formar parte de los diez canales de televisión de Tammerlane, dentro veintidós producciones. También en cinco obras de teatro, seis programas radiales, y cuarenta y siete publicidades (incluida una de pañales para adultos).

- Vieron quién está? – preguntó Carlos, a sus amigos Luis y Germán, en la pista de baile de aquel excelente boliche de rock, la noche anterior al colectivo.

- La policía? – preguntó Luis, segundos después de haber compartido un ácido con los otros dos.

Viene a cuento que la semana anterior, Luis y Carlos habían participado en un ataque violento contra un travesti con el que habían tenido relaciones sexuales. Y para esa noche, el primer efecto de la droga había despertado cierto temor gracias a las culpas del crimen.

- No, estúpido! Estoy hablando de Jean Pierre Gianola, el actor que aparece en todos lados.

Germán se acercó a sus amigos, los tomó por los hombros, y bajo el mejor efecto de ácido, le dijo en susurros...

- Nos está siguiendo.

Un silencio.

- No puede creerte... - dijo Carlos, retrocediendo con pánico. – No lo puedo creer... Nos va a matar a todos!!

Y salió corriendo.

Enseguida, Jean Pierre se transformó en una inmensa bestia parecida a un león con escamas de dragón, y atacó al cobarde. Lo atrapó en plena corrida gracias a su extensa lengua, y se lo llevó a sus fauces para engullirlo.

- Viste eso?! – preguntó Luis, con sus atentas pupilas dilatadas.

- Creo que sí.

- Es mejor que nos alejemos un poco. Ya viste: nada de escapar.

Luis y Germán caminaron entre la gente, alejándose de aquel monstruoso actor, el cual volvía a tomar forma humana.

Llegaron hasta la barra y descansaron.

- El plan es el siguiente: tenemos que llegar al baño, y alcanzar la claraboya. El muy hijo de puta se va a quedar cubriendo las salidas.

- Está bien, Germán. Pero tenemos que empezar por simular. Pidamos una cerveza o algo por el estilo.

- Tengo sed pero de agua.

- No, no, no!!! Por el amor de Dios! Nadie pide agua en un boliche! Eso llamaría su atención, y se nos vendría al humo. Dejemos que se olvide. En una de esas, se entretiene comiendo a los que están charlando con él.

- Perfecto! Entonces pidamos dos botellas de cerveza. – concluyó Germán, y ambos giraron para enfrentarse al hombre que atendía la barra.

Cuando se hallaron frente a él, descubrieron que llevaba aquel terrible rostro: el rostro de Jean Pierre Gianola.

- Qué les sirvo? – dijo, con una sonrisa demoníaca, y afilados dientes.

Luis y Germán se congelaron.

- Eh... no,... no... queremos nada. – balbuceó Luis, pero Germán lo codeó - ... aunque... sí,... sí. En realidad queremos... queremos algo...

- Algo como qué? – dijo el actor, mutando lentamente en la bestia.

- Agua. Ehmmm. No!... Cervezas!!! Sí,... cervezas... tres cerve... dos, mejor dicho: dos cervezas.

- Una para mí y otra para él. – explicó Luis, con una sonrisa tímida.

Pero ni la mejor de sus sonrisas lo salvó del horror de ser devorado por el tremendo monstruo.

Germán se volteó desesperado a la pista, contenido, simulando no haber visto nada. Y se halló: toda la gente del boliche se había convertido en Jean Pierre Gianola.

Su último aliento de valentía lo obligó a poner un pie al frente, luego otro, y otro. Empujando a todos, esquivando cientos de actores repetidos, salteando dentelladas y bestias, llegó a la salida.

Abrió las puertas del local y sus pulmones se llenaron del aire de la noche. Miró a un lado y otro. Corrió para el lado que sea.

Se detuvo en una esquina ante un policía de tránsito. Pero antes que lo abordara, descubrió que también era Jean Pierre Gianola.

Y no tuvo más que correr. Correr fue la única opción para sobrevivir del maldito monstruo que se reproducía ante cada paso.

Por la mañana, se encontró tendido en un baldío, con los pantalones bajos, y su remera eyaculada. Y la desesperante duda le entró a las venas: se había dormido masturbándose, o lo habían violado?

Enseguida se puso de pie. De alguna forma, el ácido seguía funcionando en su cerebro y todo seguía siendo extraño.

Alcanzó la calle con paso veloz, observando la gente.

Nadie tenía aquel rostro.

Revisó sus bolsillos, encontró unas monedas y tomó un colectivo que lo dejara en cualquier lado.

Cuando subió, se convirtió en el cuarto pasajero.

- Ni se te ocurra hacer lo que vas a hacer! – le gritó el séptimo pasajero. – No te das cuenta que sos una persona importante?! Valés mucho para Tammerlane!... Si te podrías ganar la vida como “doble” del querido actor Jean Pierre Gianola...

Ante la inminente reaparición del actor, Germán se puso de pie, señaló con su dedo a Gianola y dijo a los gritos...

- Ya me tenés las pelotas por el piso...!!

El ladrón se enredó en la furia, y con esa misma furia alzó su arma, para terminar disparando en el pecho del muchacho.

Germán murió al instante, devorado por la gran bestia con forma de león y escamas de dragón.

- Pero mirá lo que hiciste!! – se entrometió una vez más, el séptimo pasajero. – Lo mataste!! Otro más que mataste!! – y se sacudió las solapas de su sobretodo ante la indignación - ... Ahora veo bien claro: sos para la pena de muerte! No te merecés ni la más mínima oportunidad!!

El ladrón avanzó unos pasos, se detuvo y apuntó con su arma.

El anciano a su lado, tosió, tragó la flema y se dispuso a hablar con aquella suave y dulce voz que lo caracterizaba.

- En la época de los militares, estábamos bien.

El arma cambió de rumbo y se detuvo ante la sien del viejo.

Se trataba de Patricio Contrez, psicólogo y torturador que había participado en la última dictadura militar, llevando adelante las tareas de recolección de información de los detenidos, más tarde asumidos como “desaparecidos”, una vez que regresó la Democracia.

Si había algo que Patricio odiaba eran los pensamientos subversivos, la adolescencia sin rumbo, y los ladrones violentos. En su lista también participaban toda clase de dementes, asesinos y atacantes sexuales.

Como mucha gente, era de los que creía que la violencia se pagaba con más violencia, y el pensamiento se pagaba con silencio y tortura. Si bien había sido parte de un maldito proceso militar, también pertenecía a esa jungla de habitantes silenciosos, que cada tanto se despachaban con aquellas palabras mágicas... palabras como las del quinto pasajero.

- En la época de los militares, estábamos bien.

El arma cambió de rumbo y se detuvo ante la sien del viejo.

- Qué fue lo que dijo? – le preguntó el ladrón.

- Lo que escuchaste, querido. Lo que escuchaste... En “nuestra” época te hubiesen colgado de las pelotas por todo lo que acabás de hacer. Pero con un Gobierno mediocre como éste, quizá salgas libre mañana a la mañana.

El ladrón disparó.

Enseguida se volvió a su gente y dijo:

- Mi papá fue un desaparecido en la dictadura. Alguna duda?

El sexto pasajero se puso de pie, y comenzó a aplaudir.

- Bien hecho!! Te felicito! – dijo con ironía. – Te convertiste en la misma violencia que el viejo de mierda ése predicaba!! Te convertiste en la misma basura, la misma porquería!

El hombre del sobretodo hizo una risilla y acotó...

- Esta vez no dije nada... Es todo tuyo.

El hombre que aplaudía se llamaba Marcus Jonisz, y era extraterrestre. Había llegado a Tammerlane en una fantástica nave, la cual había escondido del otro lado de las Montañas de Tammerlane.

Una vez en el Pueblo, tomó forma humana, creando un rostro a imagen y semejanza de los variados rostros de las revistas de historietas, y se lanzó a aprender un poco de aquella civilización.

Una tarde, mientras merendaba en un bar con una chica que había conocido y hecho su novia, ella le dijo lo siguiente:



- Me parece a mí, o tu cuerpo es de papel, sos blanco y negro y te parecés al periodista que se transforma en superhéroe?

Marcus la miró con tristeza. Jamás pensó que ella se daría cuenta.

- Tenés razón. No soy el que ves. En realidad soy un hombre venido del espacio, con forma gelatinosa y de color verde.

- Me lo estás diciendo en serio?!... dijo la muchacha, boquiabierta.

- No te podría mentir. – esbozó con su rostro plegado, mirando el piso

La muchacha lo miró indignada.

- Aaaah, nooooo! – dijo en voz alta, irónica. – Por qué mierda me lo estabas ocultando?

- Pensé que dejarías de amarme. Realmente, me gustás. Mucho. Mi doble vida como examinador de mundos podría haber deshecho la relación.

- Y se puede saber por cuántos “mundos” estuviste?!

- Alrededor de unos veinte. Todos muy bellos, el cincuenta por ciento estaba habitado.

- Y... se puede saber si en cada uno de esos mundos estuviste alguna... señorita? – con los celos en sus venas.

- Sí, estuve. Pero las relaciones se terminaron cuando tuve que partir a un nuevo planeta.

La joven se puso de pie, y empezó a los gritos:

- Entonces ibas a hacer lo mismo conmigo, hijo de puta!!

Marcus estaba por decirle que ella era la única a la que había amado, cuando la chica fue más rápida y le lanzó el café al rostro.

El cuerpo de papel de Marcus comenzó a ablandarse.

- Socorro!! Que alguien me ayude!!! – dijo desesperado.

Horas después, Marcus fue intervenido en el Hospital de Agudos de Tammerlane. Tras el tratamiento de secado, su vida colapsó en un coma.

Para cuando despertó, noches después, su amada se suicidó de tres disparos en la nuca, sin jamás enterarse que toda aquella tragedia había terminado.

Dado de alta, Marcus juró devolverle a Tammerlane el amor y el sacrificio que su novia había hecho debido a una mentira.

Y se anotó en la Facultad para estudiar la carrera de Psicólogo: todos los psicólogos curaban los dolores del alma, y él se especializaría en relaciones de pareja, las culpas y los sacrificios.

Fue en el primer día que pisó la Facultad, que un joven Tammerlanista, de ropa raída y pelaje desprolijo, le entregó un volante acerca de aquellos ideales políticos, y la importancia de predicarlos en un Pueblo donde todavía sobrevivían ciertos pensamientos racistas, ciertos políticos corruptos, y cierta violencia inacabable.

Para la tarde del día 31, del mes de Julio, del año 1999, Marcus subió al colectivo, de regreso de una de las tantas charlas del partido comunitario. Se sentó en el anteúltimo asiento y entonces se convirtió en el sexto pasajero.

- Bien hecho!! Te felicito! – dijo Marcus, irónico. – Te convertiste en la misma violencia que el viejo de mierda ése predicaba!! Te convertiste en la misma basura, la misma porquería!

- Esta vez no dije nada... – dijo el séptimo pasajero, repuesto de la risilla ante el exabrupto de Marcus – Es todo tuyo.

Y el ladrón disparó al extraterrestre por dos simples razones: 1) la agresión verbal; 2) el susto y sorpresa de hallarse ante un hombre de papel.

Entonces, el que fuera alguna vez un simple asaltante, se volvió convertido en un asesino en serie, y apuntó con su arma al hombre al hombre del sobretodo.

- Es tu culpa! Es tu culpa! Es tu puta culpa! Cada vez que abriste la boca, me llevaste a matarlos!! – dijo desesperado, al borde del llanto - Pero no vas a salir vivo de esta...

El chofer miró por el espejo retrovisor: el espectáculo se había convertido en una verdadera fiesta digna de contar en cientos de cenas familiares y de amigos.

- Tranquilo... tranquilo... - dijo el extraño personaje del último asiento, y se acomodó, relajado. – Tenés razón en todo lo que decís. Jamás te hubiese dado mi billetera, y de ninguna forma quería morir. Por eso tenía que asegurarme que te quedaras sin balas...

El delincuente se detuvo en cierto detalle, un detalle que jamás tuvo presente, incluso cuando jugó con su presentación al arribar el colectivo.

Tragó saliva mirando el arma.

- Entonces...? – preguntó anonadado.

- No, no, no. No tengas miedo que no te voy a hacer nada. No soy de esa clase de personas. – respondió el séptimo pasajero de la odisea, y continuó... - Que Tammerlane se encargue de vos de la forma que quiera. A conciencia... Recordemos que es un Pueblo intolerante con los de tu clase, que es un Pueblo morbosos, amantes de su supuesta paz, adoradores de la venganza... Todo eso, sin olvidar esa pequeña pasión que les brindó esa bendita dictadura militar donde con taaaaaaanta “mano dura” se logró la nada misma... esa nada fría en la que viven sumergidos, aguardando por tragedias.

El asesino soltó su arma descargada y se puso de rodillas. No tuvo nada por decir.

- Parada, por favor! – dijo el vencedor, poniéndose de pie.

Bajo el hechizo de aquellos espectaculares acontecimientos, hizo caso a la orden, y abrió las puertas del transporte.

El hombre de sobretodo pisó la vereda, y se alejó caminando por las serenas calles de su querido y divertido Pueblo.

FIN